

UN MOMENTO DE CAMBIO SOCIO-POLÍTICO VERTIGINOSO. ¿HEMOS ENTRADO EN UNA NUEVA ERA?

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Fernando Vallespín Oña *

Lo que sigue son un conjunto de reflexiones deshilvanadas, un mero material primario para fomentar el debate y, de paso, compartir perplejidades. Es tan abrumador todo lo que ocurre, que la alarma que sentimos muchas veces nos impide detenernos a pensar. Acabamos cayendo, así, en un estado de ánimo entre el pasmo y el desconcierto. Como casi siempre, los anglosajones ya tienen un término para describirlo, *doomscrolling*, que sería algo así como el consumo compulsivo de malas noticias, de aquellas anuncian algún tipo de fatalidad: el derrumbe progresivo de la democracia estadounidense y, en general, de la democracia liberal, la destrucción del orden internacional de posguerra, la vuelta a conflictos bélicos y a la más que posible nueva proliferación nuclear, la aparición del tecno-feudalismo, el temor por la disminución del papel de Europa, el avance del cambio climático, los desafíos de la IA, etc. Todo acontece, además, a tal velocidad y en tantos frentes, que resulta imposible hacer un balance siquiera provisional del momento en que vivimos.

Con todo, y esta será la tesis de este papel, es muy posible que lo que nos pasa, por decirlo con la conocida expresión orteguiana, no es que no sepamos lo que nos pasa, sino que, por lo que intuimos, nos aterra el horizonte al que al parecer nos conduce. La sensación es de pérdida de los equilibrios y de todo un conjunto de logros civilizatorios tan costosamente alcanzados. Lo que impera es una sensación de orfandad y alienación ante un presente en fuga, sin anclajes en el pasado ni hoja de ruta para el futuro. Por valernos del

* Sesión del día 10 de junio de 2025.

título de un ya viejo libro de A. Giddens, avanzamos hacia un mundo fuera de quicio, desencajado, desajustado¹. O, y esta es mi convicción, hacia *otro* mundo. La sensación es que nos encontramos en un «punto de inflexión», ante una cesura histórica o, por recurrir a otra expresión anglosajona, un *revolving-door moment*; estamos ante uno de esos periodos en los que todo gira como en un remolino y nos sentimos desubicados, fuera de sitio, mareados. Mi impresión es que, cuando salgamos de esta peculiar puerta giratoria, nos hallaremos ya, en efecto, en una Nueva Era.

Soy consciente también de que esto mismo se dijo en otros momentos históricos recientes. Acuérdense cuando con motivo del derrumbe de los sistemas de socialismo de Estado, Eric Hobsbawm comenzó a hablar del «corto siglo xx»²; poco después, los atentados del 11-S y sus secuelas permitieron extenderlo hasta un momento más ajustado al calendario convencional, el año 2001. Otros empezaron a ponerle el fin con motivo de la crisis económica del 2008, y no pocos esperaron a la pandemia de la COVID para señalarla como el momento-frontera, cuando ahora ya apenas nos acordamos de ella. Toda referencia a alguna crisis no presupone, sin embargo, que después de la misma entremos en una nueva era. Recordemos las más recientes habidas en nuestro entorno: financiera (2008-2012), migratoria (2015), Brexit (2016), pandemia (2020-22), energética, guerras de Ucrania y Gaza, y ahora el segundo mandato de Trump y los nuevos desafíos económicos y geopolíticos (2025). Creo que lo peculiar de este momento es que no parecemos estar ante una mera sucesión de crisis, sino ante su acumulación o retroalimentación simultánea. Esta es la tesis del historiador británico Adam Tooze, cuando habla de *policrisis*. Su rasgo principal es que impediría acceder a respuestas eficaces; la solución de una puede contribuir a empeorar otras, cada elemento repercute sobre los otros desbordando nuestra capacidad para encontrarle soluciones. Una policrisis existe, pues, cuando el impacto conjunto de diferentes crisis supera a la suma de sus partes, cuando de ellas deriva algo cualitativamente distinto, cuando afecta a la capacidad global para reorganizar el mundo³.

Tengo para mí que, por recurrir a una expresión marxiana, todo análisis del devenir social debe fijarse ante todo en la *base material*, en las transformaciones que ahí se producen. Lo sabemos bien, porque la gran transformación que produjo la modernidad fue la revolución industrial. A partir de aquella es cuando en realidad entramos ya en un nuevo mundo, sobre todo cuando más se hizo sentir su avance a lo largo del último tercio del siglo XIX. Hoy esta-

¹ GIDDENS, A., *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid: Taurus, 1999.

² HOBSBAWM, E., *The Age of Extremes. 1914-1991*, Londres: Abacus, 1995.

³ TOOZE, A., «Chartbook 130 Defining Polycrisis- From Crisis Pictures to the Crisis Matrix», <http://AdamTooze.com/category/blog>.

ríamos ante algo parecido, porque la IA nos ha introducido en una situación cualitativamente distinta de la que estábamos durante la revolución digital, sin la cual, por cierto, no puede comprenderse nada de lo acontecido desde finales del siglo xx. Durante todo ese periodo inmediatamente anterior al actual, cuyos rasgos básicos se resumieron en expresiones como «sociedad del conocimiento» (P. Drucker) primero o la posterior «sociedad de la información» (M. Castells), la impresión dominante, sobre todo a partir de la crisis económica, era que nos encontrábamos en un *Interregno*. Es un concepto que Gramsci elaboró en los años 30 del siglo pasado, esos que ahora nos resultan tan familiares⁴. La percepción de crisis, decía el autor italiano, deriva del hecho de que *lo viejo está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer*, una idea que sirve para dar cuenta de nuestro desconcierto actual y de la que se valieron autores como Z. Bauman al referirse a la «modernidad líquida» como época de fluidez sin estructuras sólidas y sacudida por profundas transformaciones culturales⁵. Y Gramsci añadía una coletilla que equivale a un aviso a navegantes: «en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados». Por tales se refería sobre todo a la descomposición social que condujo a los autoritarismos.

Lo cierto es que un interregno es, por definición, una fase transitoria. Lo fue durante el periodo de entreguerras, al que puso fin la Segunda Guerra Mundial, y, como dije, creo que es lo que estamos viviendo en estos momentos. A pesar de lo dicho hasta aquí, no me considero, sin embargo, tan atrevido como para afirmar con contundencia la entrada de una Nueva Era, eso lo decidirán los historiadores del futuro. Observarán que en el título de esta ponencia lo he puesto entre interrogaciones. Y la razón es bien simple, estamos demasiado cerca de lo que ocurre para poder ofrecer un diagnóstico con sentido. Aunque, por lo que ya apreciamos, intuyo que habrá un antes y un después claramente marcado a partir de la sistemática aplicación de la IA, por fijarnos en uno de los cambios más relevantes de la base material. Esta última reflexión se la dejo a los entendidos en el fenómeno, en lo que sigue me voy a ocupar de aquello que se corresponde más con mi formación, la dimensión más propiamente política de aquello a lo que estamos asistiendo.

EL ADVENIMIENTO DE LA ERA POSLIBERAL

Comenzaré por lo que más inquieta, la aparición de un nuevo agente «disruptor» –por valernos de la semántica inglesa del término– en el Estado más poderoso del mundo y su coincidencia con los juegos de poder en países como Rusia y China, ambos con claras aspiraciones imperiales. Una mezcla

⁴ GRAMSCI, A., *Cuadernos de la cárcel*, Madrid: Akal, 2023, Cuaderno 3, nota 34.

⁵ BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Madrid: FCE, 2006.

explosiva. Considero, sin embargo, que Trump está operando como un *acelerador* de una serie de cambios que estaban ya en marcha. Lo sorprendente, por tanto, ya no es tanto lo que pueda estar haciendo, sino que hubiera sido elegido por una mayoría de ciudadanos cuando en ningún momento ocultó sus intenciones. ¿Qué estaba ocurriendo para que pudiera suceder algo así, para que este *small man in a big time*, hiciera de nuevo su irrupción en la historia? Sus medidas son lo suficientemente conocidas para que no precise enumerarlas; importa el poder subsumirlas dentro de algún marco más amplio no reducido exclusivamente a los Estados Unidos y que pueda servirnos para comenzar a esbozar un diagnóstico. Si tuviera que elegir un rótulo capaz de abarcar cuanto está sucediendo en la esfera de la política, escogería el de «El advenimiento de la Era Posliberal». Eso sí, con una cautela: no estamos todavía ahí, pero es la dirección a la que parece dirigirnos el viento de la historia, tanto en el ámbito de la geopolítica –si es que esta fue alguna vez «liberal», claro–, como en las transformaciones que se están produciendo en el interior de las democracias.

No tengo tiempo para entrar más a fondo en el primero de estos temas. Bastan algunas pinceladas, porque todavía sufrimos la perplejidad de haber asistido al giro geopolítico propiciado por Trump, que está provocando a marchas aceleradas el derrumbe del orden mundial de posguerra. Ahora parece que las instituciones y la política internacional no van a estar determinadas por normas e instituciones multilaterales, sino por el capricho de los «hombres fuertes» que gobiernan en las tres grandes superpotencias. Y por esa especie de anárquica subasta en la que Trump ha convertido toda la acción exterior de su país; todo es objeto de tratos o *deals* con cualquier actor internacional, sin importar si se trata de un aliado tradicional o de un viejo adversario. Como dolorosamente observamos en Ucrania, por ejemplo, uno de estos *deals* consiste en condicionar la necesaria defensa de un país clave para la defensa europea a cambio de sus recursos naturales; o la exigencia sin vía de negociación de un rearme europeo cada vez más acelerado, esperando obtener por el camino réditos cada vez mayores para su industria militar.

Lo más doloroso de su política, por llamar de alguna manera a su errático comportamiento, es contribuir a difuminar la distinción que veníamos estableciendo entre las democracias liberales de América, Europa y Asia y el bloque de autocracias, como China, Rusia, Corea del Norte o Irán. Ahora casi toda la comunidad internacional aparece como un *totum revolutum* subordinado a los intereses domésticos –prioritariamente comerciales– de los Estados Unidos y a la prioridad de la que dotan a su disputa con China por la hegemonía mundial. Simultáneamente se está creando una situación en el que las autocracias afines empiezan a agruparse y eso que se llama el Sur Global ha entrado en una nueva fase de volatilidad en todo lo referente a su colaboración con un bloque u otro, buscando refugio entre los BRICS o, como la India o Brasil, aspirando a jugar también a gran potencia. Como subraya Robert

Kaplan, hemos entrado ya en un «Weimar global», «una auténtica crisis permanente, con una sola sucesión de titulares pasmosos»⁶.

Lo más grave de todo esto es que con tanta polvareda perdimos la unidad geopolítica de Occidente; no ya solo por la indiferencia del actual titular de la Casa Blanca ante los conflictos de Ucrania y Palestina y su proximidad a los intereses de Rusia; también, y esta es la causa de lo anterior, porque no cree en el cuerpo normativo fundamental que contribuyó a dotar de identidad común al mundo occidental: los derechos humanos, el liberalismo y la democracia misma. No solo porque le traigan al paio en el escenario internacional; lo percibimos también en su ejercicio del poder en su propio país y en el apoyo que dispensa su gobierno a partidos de extrema derecha europeos, que ahora han encontrado en Trump un modelo a seguir.

Desde la perspectiva que aquí nos interesa, nos parece muy relevante una reflexión del siempre agudo politólogo búlgaro Ivan Krastev. En una reciente entrevista afirma la similitud entre los años 1989 y 2025; a saber, porque en ambos se produjo la decadencia de una superpotencia. En 1989, la Unión Soviética dejó de ser un Estado comunista; hoy, bajo Trump, los Estados Unidos han perdido su condición de superpotencia liberal. Y en la línea de lo que venimos señalando desde el principio, dice que ahora estaríamos asistiendo al final del siglo xx. Y remacha: «Existe una configuración de poderes completamente diferente. Sin embargo, no sabemos cómo definirla, y ese es el punto que intensifica aún más la sensación de una ruptura radical⁷». Frente a una afirmación tan contundente siempre se puede sostener que es imposible tener la total certeza de cuál vaya a ser el compromiso final del presidente de Estados Unidos respecto a la OTAN, del mismo modo que ignoramos cómo evolucionará su política arancelaria. La prensa estadounidense ya le ha asignado el acrónimo de TACO: «*Trump Always Chickens-Out*», Trump siempre se acaba acobardando. Es posible también que se trate de una fase transitoria hasta la eventual elección de un nuevo presidente demócrata. Desaparecido Trump, si es que conseguimos librarnos de un eventual tercer mandato del magnate, incluso aun ganando un candidato republicano como Vance, nada impediría que volviera la cordura a su partido y se re-encajaran las piezas para retrotraernos a la situación de 2024.

Fíjense, lo que estoy diciendo es que todo depende a la postre de cuál vaya a ser el devenir del electorado de Estados Unidos, de su compromiso con la democracia estadounidense tal y como la conocíamos. Siempre y cuando esta consiga sobrevivir al actual presidente, claro. Y lo mismo cabe decir respecto a Europa, que hasta ahora ni siquiera habíamos mencionado.

⁶ KAPLAN, R. D., *Tierra baldía. Un mundo en crisis permanente*, Barcelona: RBA, 2025.

⁷ Entrevista a Ivan Krastev, «Krieg in Europa ist möglich», en *Sueddeutsche Zeitung*, 28 de mayo 2025.

Se ha afirmado hasta la saciedad que ha quedado, junto con algunos otros países democráticos de Asia y América, como la gran esperanza blanca de los principios morales universales, heredera única del legado de la Ilustración y defensora de un orden internacional sujeto a reglas y guiado más por estrategias cooperativas que de conflicto. Pero está prácticamente sola en un entorno cada vez más inhóspito, con un Putin incapaz de reprimir sus instintos bélicos. No le queda más remedio que acelerar su adaptación a un horizonte huérfano del paraguas nuclear o de defensa estadounidense, debe prepararse para abordar *unida* la mayoría de los desafíos a los que ha de enfrentarse. La frase de Josep Borrell de que «Europa debe aprender rápidamente a hablar el lenguaje del poder» fue la más clara llamada de atención sobre la necesidad de que la UE se pusiera las pilas. El poder blando ya no protege en momentos en los que se ha vuelto a naturalizar la guerra y la razón de Estado manda por doquier. Como dice I. Kraztev, se acabaron las vacaciones de la historia de las que habían venido disfrutando las sociedades europeas, ahora toca adaptarse a ella. No solo en cuestiones de defensa; también para mantener su bienestar en una economía global cada vez más competitiva y dependiente de la innovación tecnológica. Pero para eso hará falta un proyecto compartido y una decidida voluntad política para ejecutarlo, justo aquello que no se atisba en el horizonte.

¿QUÉ VA A OCURRIR CON LA DEMOCRACIA?

Como antes dijimos respecto de los Estados Unidos, la resiliencia que sea capaz de mostrar la UE está, aquí también, inextricablemente unida a la cuestión del futuro de las democracias, de la capacidad de éstas para resistir el embate populista y no caer en el autoritarismo. Junto a los enemigos exteriores habremos de saber combatir también los fantasmas interiores, que sus Estados miembros no diluyan sus democracias «desde dentro». En otras palabras, tanto nuestra capacidad para actuar unidos como la misma preservación de nuestros valores depende del vigor de las democracias liberales, algo que hasta hace bien poco nadie ponía en duda. Sin embargo, el giro de la historia ha sido aquí también espectacular. Como tuve ocasión de señalar en una columna, no deja de ser curioso que cuando empecé mis primeras tentativas profesionales los politólogos nos concentrábamos en analizar las transiciones hacia la democracia y su consolidación para llegar al final de nuestra carrera y encontrarnos con tener que estudiar el proceso inverso, el que conduce a la transición o consolidación autoritaria. Se le cae a uno el alma a los pies, porque ahora ya no se trata de ver cómo hacerlas mejores cuanto de impedir que empeoren, se desnaturalicen o fenezcan. Como empieza a ser teorizado en profundidad, en muchos países comienza a asentarse una especie de sistema híbrido, mezcla de democracia y autoritarismo. «Autoritarismo competitivo» lo llaman Levitsky

y Way⁸. Es competitivo porque hay elecciones, pero cada vez dudamos más de que sean auténticamente libres, y de forma muy sutil y progresiva comienzan a erosionarse o desmantelarse los guardarraíles que permiten hablar de una democracia propiamente dicha. El régimen de Orban quizá constituya el mejor caso de estudio, pero crece ya la inquietud de que este proceso pueda haber comenzado a propagarse a los Estados Unidos, que, en efecto, Trump haya cruzado ya la línea, aunque no pueda afirmarse que una vuelta atrás sea irreversible, la guerra aún no está perdida⁹.

No tengo tiempo para elaborar en detalle esta nueva discusión en la que ahora mismo está inmersa la ciencia política contemporánea. Aquí debo restringirme a lo que considero fundamental. Para empezar, tratando de trascender la cómoda distinción entre partidos establecidos/partidos populistas o democracia liberal/democracia populista. Una de las lecciones que hemos venido aprendiendo de las sacudidas políticas del momento, y esto lo formulo como mera hipótesis, es que las fronteras conceptuales se van disolviendo, el mareante cambio social al que antes aludíamos está empezando a dejar su impronta sobre lo político y no acaban de encajar las viejas categorías. Todo se mueve en una dirección difusa en la que las ideologías, por ejemplo, cada vez juegan un menor papel; en que la comunicación social y política ha sido radicalmente revolucionada con las nuevas tecnologías de la comunicación; en que la pluralidad de principios y valores encuentra cada vez menos espacio para poder convivir, o en la pérdida de autoridad de las élites políticas tradicionales. Por restringirnos a Occidente, el mayor problema que debemos afrontar es la pérdida de confianza en las instituciones y el funcionamiento del sistema político en general, la pérdida de fe en la política. En definitiva, hemos entrado en *terra incognita*.

Bajo esas condiciones, ¿cómo meter el bisturí analítico para dar cuenta con sentido de lo que está ocurriendo? Propondría establecer una distinción entre tres grandes actitudes políticas que conviven ahora mismo en nuestro escenario político. Algunas se solapan entre sí, otras están más presentes en algunos sistemas políticos que en otros, pero el caso es que todas ellas convergen a la vez sobre nuestra democracia. Precisamente por ello hablaría de tres tipos ideales, esa cómoda fórmula weberiana para analizar y comprender la realidad seleccionado los elementos esenciales de un fenómeno. Se trataría de los tres siguientes:

1. La defensa del statu quo y el repliegue sobre el sistema de reglas conocido. Por ejemplo, la acentuación de la necesidad de mantener las instituciones del Estado de derecho frente a los posibles excesos

⁸ LEVITSKY, S./L. A., Way, *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes After the Cold War*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

⁹ Para la posible aplicación de este modelo a los Estados Unidos véase el siguiente trabajo de estos dos mismos autores: «The Path to American Authoritarianism. What Comes After Democratic Breakdown», en *Foreign Affairs*, marzo/abril, 2025.

de las mayorías. Es la actitud que encontramos en los «partidos establecidos o sistémicos», que enarbolan frente a los populistas, siempre propicios a quebrar cualquier límite a la supuesta voluntad mayoritaria, a dotar de primacía al principio de mayoría frente a las instituciones del Estado de derecho¹⁰. No hace falta que insistamos mucho en ello, porque es la visión que todos compartimos. Sí quisiera resaltar, sin embargo, que por mucho que sea la posición por defecto, aquella desde la cual analizamos las desviaciones respecto al funcionamiento de los sistemas democráticos, en estos momentos se encuentra a la defensiva. No queda ya apenas nada del espíritu que animó el periodo del «fin de la historia» de Fukuyama. La estrategia es hobbesiana, evitar el mal mayor, el no caer por la pendiente resbaladiza que conduce a una erosión progresiva de sus elementos liberales, los contrapoderes institucionales, la protección de los derechos, la prensa libre, la libertad de pensamiento y la tolerancia.

2. El segundo sería lo que podríamos caracterizar como la visión de la *retrotopía*, la nostalgia por el pasado idealizado, que es el espíritu que anima al movimiento MAGA trumpista y está bien presente en el discurso nacionalpopulista europeo. Se trata, como es obvio, de una reacción frente a la globalización, los procesos de integración supranacional y las migraciones, y aspira a una vuelta de las fronteras, y a la vieja cohesión social proporcionada por los valores tradicionales y la homogeneidad étnica. En los Estados Unidos fue impulsado por la *alt-right* hasta acabar extendiéndose a todo el partido republicano al caer bajo la dirección de Trump. Lo que era un movimiento conservador radical, una mera facción del GOP, ya lo ha contagiado por entero. La extrema derecha, por valernos del vocabulario tradicional, ha devenido en la derecha convencional estadounidense. Su amenaza para la democracia es evidente, basta contemplar cómo el Congreso de los Estados Unidos, con mayoría republicana, parece no sentirse aludido por la continua quiebra de Trump de buena parte del edificio democrático de dicho país, e incluso tolera su descarada estrategia de enriquecimiento personal valiéndose del cargo.
3. A falta de un mejor término, el tercero sería el *rupturismo*, la disrupción de la democracia, del sistema institucional y de la gestión pública. Constituye la otra alma del trumpismo, aunque no hay por qué identificarlo con él de forma exclusiva. Tomo el término

¹⁰ Sobre la inevitable tensión entre ambos, véase, VALLESPÍN, F., «El centauro democrático», *Nueva Revista*, 6 de febrero, 2025.

prestado de Alana Newhouse, editora de la *Tablet Magazine*, quien con su artículo «Everything is Broken»¹¹ hizo bastante ruido en la esfera pública americana al sacar a la luz las deficiencias del sistema sanitario estadounidense, extendiéndolo a una crítica radical del sistema bajo este lema del «todo está roto». Aunque ella abogaba por una reconstrucción estructural desde abajo centrada en dar mayor voz a las personas partiendo de una visión comunitaria, el término *brokenism* ha pasado a denominar ya a toda posición que promueve sacudir el sistema y rehacerlo totalmente, romperlo de verdad. Es la posición de Miley con su motosierra, por ejemplo, pero también la de los tecno-plutarcas de Silicon Valley, de tecno-aristócratas como Elon Musk o Peter Thiel, y donde el programa DODGE hasta ahora dirigido por el dueño de Tesla no sería más que un primer paso. Muchas de sus ideas encuentran apoyo en representantes de eso que ahora se llama la «Ilustración oscura», como Curtin Yarvin, explícitamente anti-demócratas y favorables a una especie de *techno-expertise* apoyada sobre la IA bajo el mando de los más capaces. Aunque aquello a lo que en el fondo aspiran los *techno-bros* es a mantener la fachada de la democracia liberal; eso sí, reconvirtiéndola radicalmente, hacer un tránsito desde su tan criticada jaula de hierro weberiana a una todavía inédita «jaula de silicio».

Fuera de algunos otros conspiranoicos, este énfasis sobre la necesidad de hacer que las cosas funcionen lo encontramos también –desde luego, de forma mucho más moderada– en posiciones de centro-izquierda, como hacen Ezra Klein y Derek Thomson en su libro *Abundance*, que está teniendo una amplia repercusión. Su tesis es bien simple: por muy ambiciosos y deseables que sean los objetivos, cuando no se consiguen resultados tangibles se acentúa la desconfianza en la política y se acaba votando a los populistas. «Los errores de los progresistas contribuyeron al auge del iliberalismo», afirman¹². Más vale, por tanto, que nos fijemos menos en cuestiones de legitimidad, en la «obsesión por los procesos», vistos como dilatorios e ineficientes por mucho que nos aseguren la garantía de determinados derechos, y vayamos a lo que de verdad funciona. La democracia puede ser perfectamente eficiente, pero cuando se enreda en sus sistemas de vetos mutuos, en el dogmatismo ideológico y las lógicas de los procesos burocráticos acaba siendo disfuncional. La clave está, por tanto, en saber conjugar adecuadamente la tensión entre legitimidad y eficacia. ¿De qué nos sirve invertir miles de millones de dólares en un tren de alta velocidad en California si no ha podido llegarse a construir todavía desde que fuera concebido en 1993? Es posible que la posición de estos autores no sea tan

¹¹ NEWHOUSE, A., «Everything is Broken», *Tablet Magazine*, 14 de enero 2021.

¹² KLEIN, E./THOMSON, D., *Abundance. How we Build a Better Future*, Londres: Profile Books, 2025.

rupturista, pero, desde luego, tampoco es «*status-quoist*», favorable a cambios menores o reformas graduales en la gestión pública. Caen, empero, en lo que Julia Borggräffe denomina la «burocratopía», algo así como buscar salvar la democracia a través de una reorganización radical de la gestión pública¹³. Es posible que esta sea imprescindible; el peligro es, desde luego, que acabemos tirando al niño –las garantías democráticas– con el agua sucia.

Para acabar, déjeme recopilar algunas de las cosas dichas hasta aquí para que cobren algo más de cuerpo. Si nos fijamos, tanto el primero como el segundo de los tipos ideales que acabamos de presentar miran más al pasado que al futuro; los rupturistas, lo más parecido actualmente a un enfoque revolucionario, están dirigidos al porvenir, a una recomposición radical de la política. El grueso del nacional-populismo europeo se integraría en eso que antes denominamos la visión «retrotópica», pero en Estados Unidos se encuentra en plena tensión con los rupturistas, como acabamos de ver en el choque entre Musk y Trump. En lo que hace a la democracia liberal, aun viniendo desde atrás en el tiempo superando innumerables crisis, no tiene más remedio que hacer frente a estas dos fuerzas: una la compele a mirar a un pasado al que ya no se puede volver; la otra la obliga a desnaturalizarse por completo en nombre de un futuro tecnológico donde la consecución de los fines ignora la cuestión de la legitimidad de los medios. Y esta última visión nos coloca ante una situación que no deja de ser irónica. En los años 90s, sobre todo al principio, cuando apareció la narrativa del «fin de la historia», se pensaba que existiría una convergencia de todos los sistemas políticos hacia la democracia, incluso en la propia China; ahora observamos que están tratando de imponerse reformas de los sistemas democráticos hacia el modelo chino: más que la legitimidad debería importar la eficacia. Y esta cuestión no es baladí. Entre otras razones porque permite reinterpretar también bajo el mismo ángulo la victoria del capitalismo democrático sobre el hiperburocrático socialismo de Estado soviético. Siempre pensamos que lo hizo por su superioridad moral y las ansias de libertad, pero no olvidemos que al final venció el sistema más *eficaz*.

¿Cómo podemos interpretar estas oscilaciones del *Zeitgeist* con un mínimo de profundidad sociológica? He creído encontrar una buena respuesta en el magnífico libro del sociólogo alemán Andreas Reckwitz en su libro *Verlust*, «Pérdida»¹⁴. Lo original de su enfoque es que analiza el proceso de modernización a partir de la dialéctica entre progreso, la continua mejora de nuestras condiciones de vida, y la pérdida, aquello que nos dejamos por el camino al ir avanzando en la historia. La sociedad moderna está siempre atrapada en una tensión fundamental entre progreso y pérdidas, –materiales, simbólicas, emocionales y culturales–, que muchas veces quedan invisibilizadas o sin elaborar.

¹³ BORGGRÄFFE, J., *Burokratopía. Wie Verwaltung die Demokratie retten kann*.

¹⁴ RECKWITZ, A., *Verlust. Ein Grundproblem der Moderne*, Frankfurt: Suhrkamp, 2024.

En unos momentos en los que se debilita la idea de progreso, en el que aparecen nuevos miedos y se extiende el malestar, aumenta también la sensibilidad hacia la pérdida sin poder recurrir a una narrativa colectiva eficaz que la gestione. En un mundo en el que todos parecen tener derecho al ascenso social, a la prosperidad y a la realización privada, el resultado ante la imposibilidad de realizar estos fines es la frustración o el desencanto. Y es precisamente aquí donde atacan los populistas, a los que Reckwitz presenta como los principales «promotores de pérdidas», quienes con su inflamada y tramposa retórica del desastre, su extensión del miedo y el odio al otro, acaban combinando el victimismo con una utopía retrospectiva.

Hasta aquí, las principales tesis de Reckwitz reducidas casi a una caricatura. Si se fijan, podíamos complementarlas con una crítica a la clase política establecida, cuya inflación de sus promesas contrasta vivamente con lo que la gente acaba percibiendo como conseguido. Lejos de gestionar las pérdidas, contribuyen a enardecerlas sin gozar después de los medios políticos necesarios para atajar el malestar provocado. Los rupturistas, por su parte, ponen su acento en la recuperación de la idea de progreso, de un progreso casi de ciencia ficción, como mecanismo compensador de la merma de futuro. El que, como ya sabemos por todo lo acaecido en cualquier proceso revolucionario, pueda acabar dinamitando un sistema que, a pesar de sus limitaciones y rémoras sigue funcionando en el fundamental, es algo que no parece preocuparles.

Concluyo reconociendo que no tengo respuestas sobre cómo vayan a evolucionar estas dinámicas; lo único cierto es que urge resolver estos conflictos que se asientan en el interior de las democracias occidentales si deseamos estar a la altura de lo que demandan tanto el inestable y peligroso escenario internacional como los indudables desafíos a los que se enfrenta la humanidad. Y me permitirán que acabe con un recordatorio que aparece al final del libro de Robert Kaplan:

«Weimar se podía jactar de tener muchos liberales y un auténtico florecimiento intelectual. Había mucha esperanza en Weimar, pero insuficiente orden. Evitar el destino de Weimar es ahora la gran tarea del mundo»¹⁵.

¹⁵ KAPLAN, R., *op. cit.*, p. 206.